

Habitantes de la noche

Roger Vilar



Vilar Fernández, Roger Daniel
Habitantes de la noche / Roger Daniel Vilar Fernández
—México: Editorial De otro tipo, 2014
128 p. 23 cm
Serie: Ficción De otro tipo
Género: Novela

Primera edición, 2014

© Roger Daniel Vilar Fernández
D.R. © 2014 Editorial De otro tipo S.A. de C.V.
1ª Privada de Mariano Abasólo 10 B. Santa María Tepepan
Xochimilco. C.P. 16020

Comentarios y sugerencias:

01 (55) 15 09 23 17
www.deotrotipo.mx

Editor: Walter Jay
Formación: Selene Solano Jandete
Portada: Mauricio Gómez Morin

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-96398-0-8

Impreso en México / Printed in Mexico

Contenido

1. Los policías de todo el Distrito Federal...	11
2. “Volver a empezar. Volver a nacer...	19
3. La luz era parte de la noche...	25
4. Habían pasado cuatro días...	31
5. Otra vez era lunes.	35
6. A veces Mario Ribalta no iba a trabajar.	43
7. Al llegar a las ruinas donde vivía Joseph...	49
8. Joseph calló. No pensaba en el texto.	57
9. Encuentran falsa cabeza de Gorgona.	61
10. La luz entró como un leve algodón...	65

11. En la calle Correo Mayor estaba el pintor...	69
12. Aquella tarde de aquel día se iba convirtiendo...	79
13. Ribalta llegaba a su casa luego de cubrir un operativo...	85
14. Mario Ribalta retomó su rutina.	95
15. La débil luz de la vela que alumbraba...	99
16. Para Isabel, la existencia de Julio Saleur...	103
17. Hallan a mujer devorada por caníbal.	111
18. Asco, un profundo e irreprimible asco sintió...	113
19. Saleur transitó por un pasillo lleno de basura pestilente.	119
20. La permanencia del pintor en aquel sótano...	123
21. Cuando los policías entraron al sótano...	125

Los policías de todo el Distrito Federal hablaban con voz gangosa a través de los radiotransmisores. Los reporteros espiaban la señal a la espera de que saliera algo importante, pero nada, tonterías. Un payaso callejero fue arrestado por robarle la pelota a un niño. Un marido engañado sorprendió a su esposa con el amante, cuando ambos protagonizaban una escena sadomasoquista. Policías de Iztacalco arrestaron a un burro por circular sin placas; su dueño lloraba desconsolado, decía que la bestia era el alma de la casa y la felicidad de sus hijos. Nada de aquello les servía a los reporteros, era demasiado débil para convertirse en noticia. Necesitaban algo fuerte.

Ya eran las doce y la noche continuaba inmóvil. Densa en las esquinas desiertas. El enjambre de millones y millones de voltios acechaba en las alambradas. Los policías se habían callado. Los reporteros se aburrían. Adolfo bostezó con su boca enorme. Abarbanell murmuraba algo ininteligible. Pablo se hizo difuso en una banca; estaba a punto de fluir hacia el suelo, pero no fluyó, los policías volvían a hablar y de pronto todos se enderezaron. Un hombre había sido golpeado en la calle Santa Veracruz. Era una vía lúgubre en la colonia Guerrero, escondite de ladrones, casa de ramera y refugio de mendigos. Los reporteros tensaron

sus músculos. ¿Había llegado el momento? No, la bronca parecía aplacarse, el agredido se reconciliaba, por dinero, con el agresor. Adolfo, Pablo y Abarbanell volvieron a la posición de descanso. Mario Ribalta fue hasta su coche.

—Voy a ver qué es.

—No vayas solo, es peligroso ahí —le advirtió Abarbanell.

—No importa, de algo tiene que morirse uno —respondió Mario mientras se alejaba.

En la calle Santa Veracruz, una patrulla lanzaba luces oscilantes rojas y azules. Mostraban mansiones envejecidas, con sus molduras caprichosas. Ratas que se escurrían entre las grietas, que chillaban, se reproducían en la basura y dormían junto a seres humanos. Las cucarachas hacían vibrar sus alas y patas como cigarras. Ribalta se bajó del coche y pisó una especie de alfombrilla de detritus, bolsas desgarradas, chicles, restos de comida y pieles de perros. Se identificó con los policías.

—Mario Ribalta, reportero de *El Siglo*.

—No hay nada, sólo un loco que le pegó a un señor porque no le quería rentar esta casa destartalada.

—¿No lo detuvo?

—No, ya se arreglaron. Nos vamos. Suerte, reportero.

La patrulla se alejó y la calle mostró su naturaleza de proyecto de cementerio. De pie, indefinido en la penumbra, había un hombre. Algo repulsivo venía de él, una pestilencia implícita, que no olía pero tocaba el espíritu. Cosas pegajosas y podridas se insinuaban en la imaginación. Ribalta se acercó. Sintió deseos de fumigarlo como a un insecto, de ver cómo agitaba sus patitas enclenques mientras agonizaba. El sujeto vestía una gabardina larga, negra, y llevaba un sombrero, también negro, de alas anchas. Le oscurecía la mayor parte de la cara, sólo se percibía una barbilla redondeada. Debió ser repulsivo en

su adolescencia —pensó Ribalta—. Lo imaginó con catorce años, lleno de granos.

—¿Tú eres el que golpeó al casero?

El hombre alzó la cabeza. El lugar donde probablemente estaban sus ojos quedó frente a los ojos de Ribalta. Y éste se preguntó cómo sería la mirada de un gusano blando y pálido.

— Soy reportero, me gustaría saber lo que pasó. —Unos segundos de silencio.

—¿Reportero? Entonces te alimentas de los demás. Vives de carroña.

Esa voz alguna vez fue como un río, pero ahora sonaba enferma, era presagiosa de tuberculosis o de alguna enfermedad respiratoria.

— Sí, vivo de carroña —asintió Ribalta—. ¿Y tú?

—Yo no. Soy escritor. Yo creo. No necesito las historias de los demás.

Ribalta calló casi treinta segundos, lo suficiente como para que el otro se carcomiera las entrañas por saber el efecto de su declaración. Al fin habló.

—¿Y ya publicaron tus libros? —Ahora el del sombrero tartamudeó.

—No.

—Ya... —respondió Ribalta.

Ese “ya” era como un “entiendo perfectamente”, ¿pero qué?, ¿entender qué?, ¿que los editores eran unos estúpidos o que el escritor era un inepto? El hombre sintió el doble efecto. Calló. Ribalta quiso reducir aún más a aquel pequeño corazón. Ácido en los ojos de la cucaracha. Fue al ataque.

—¿Cómo te llamas?

—Joseph Alda.

Se presentó como quien siente vergüenza de mostrar un pene muy pequeño. En la manera de pronunciar el nombre se

denotaba que su dueño nunca había encontrado una justificación para que éste se escribiera y se dijera en el mundo. Ribalta se dio cuenta y empezó a sitiario con palabras rápidas y dichas con seguridad.

—Y cuéntame, háblame de tu obra. ¿En qué consiste?

Joseph, confundido por el repentino interés, habló con una voz vacilante.

—Escribo lo que hago, lo que me pasa.

—Eso es un diario, muchos lo tienen —repuso Ribalta.

—Sí, muchos lo hacen, pero el relato de lo que me pasa a mí es único, porque yo soy único.

Ribalta pensó en reírse, luego en decirle que cada persona era única, pero en lugar de eso volvió a cuestionarlo.

—¿Hoy qué te pasó?

—Te cuento lo de hoy. Le pedí al dueño de estas ruinas que me las rentara, como no quiso lo golpeé. Llamó a la policía, pero me arreglé con él.

Ribalta asintió. Miró hacia atrás. Dibujado en la penumbra había un enorme montículo de escombros, quizás de diez metros de ancho, que subía hasta unas habitaciones que aún se mantenían en pie. Encima de éstas, en un tercer piso, se conservaba lo que al parecer fueron torres. El aire era pesado, como si quisiera reventar los pulmones. Joseph reinició la conversación.

—¿Quieres que te muestre el cuarto que escogí para escribir?

—Sí, vamos.

Joseph alumbró con una linterna. Subieron por aquella montaña de escombros. Las ratas chocaban contra los zapatos, las cucarachas afloraban entre la basura. Distinguieron, iluminado a pedazos, el borde del segundo piso; allí, justo donde se había partido y caído producto de un antiguo incendio. La parte que había quedado en pie estaba polvorienta, conducía a una sala cuya puerta estaba hecha en forma ovalada.

—Este era el salón de música de la familia Fernández de Jáuregui. Aquí se reunían los hijos: Andrés, María, Leonor y Pablo. Ejecutaban piezas de Strauss para su padre, Mariano Antonio Fernández de Jáuregui, uno de los mineros más ricos del porfiriato —dijo Joseph.

La luz redonda de la linterna recorrió las paredes. Una araña huía. Pasó sobre un cuadro donde una deidad borrosa esgrimía una espada sobre una pareja de amantes. Olía a polillas. A humedad. A tiempo acumulado.

—Así que conoces muy bien la historia de esta casa —dijo Ribalta, molesto porque el gusano Alda tenía algunos datos interesantes.

—Claro, no por capricho he decidido escribir mi obra aquí. Leonor era poeta, murió ahogada a los veintiún años. Se dice que fue accidente, pero otros rumoraron que su amante la asesinó hundiéndola en el río.

—¿Y dónde escribirás?

—Aquí.

La linterna iluminó, al fondo, una pequeña puerta. Joseph la abrió. Las bisagras sonaron con el aceite de siglos pretéritos. Escritor y reportero pasaron al otro salón.

—Hoy hice el decorado de mi novela, describirlo será el primer capítulo; además, narraré mi pleito con el casero —dijo Joseph sin poder ocultar la emoción.

El haz amarillento mostró los lúgubres contornos de los objetos colgados en la pared. Una antigua máscara de buzo, luego otras máscaras: tres de cerdo; una de lobo, con la lengua babeante. Había ratas disecadas y colgadas de clavos, murciélagos; látigos, cadenas; unos sostenes de mujer, metálicos; imágenes de gente torturada y violada. Joseph acarició la lengua de uno de los puercos.

—¿Y cómo escribirás?, está muy oscuro.

—A la luz de las velas.

—¿Y siempre traes ese sombrero echado sobre los ojos?

Joseph se lo quitó. La linterna reveló unas cuencas oculares anchas y profundas, como abismos en la superficie lunar. Era un personaje especial. Ribalta intuyó que de allí podría obtener una gran historia. Un reportaje, varios reportajes, o una buena crónica. Era, por lo menos, aquel sujeto, un fetichista enfermo. Quizás lo que Joseph pretendía escribir no valdría la pena, pero su desvarío era digno de publicarse.

—Ok, Joseph, te haré famoso.

Josep se quedó callado. A Ribalta le pareció que aquel era el rostro de una mariposa blanda y anciana. ¿Apestaba el insecto? El reportero no podía aguantar ni un minuto más la sensación de podredumbre.

—Bien, escritor, regresaré a fotografiar todo.

—¿Cuándo? —preguntó el otro con vehemencia.

—Un hombre grande como tú sabe esperar. En una de estas noches.

La imprecisión fue planeada para dejar en vilo a Joseph, que se debatiera, que dudara, que viera por momentos su gloria ya edificada y que por momentos lo asaltaran terribles sufrimientos.

—¿No sabes si esta semana? —preguntó Joseph.

Mario Ribalta no contestó la interrogante, quiso tentarlo.

—¿Y estarías preparado para nunca conocer la gloria? ¿Tendrías esa grandeza de espíritu?

La mano que sostenía la linterna bajó. Sólo quedó un círculo de luz en el piso. Ribalta pensó en las máscaras de cerdo. Joseph respiró con dificultad. Ribalta no dijo nada más, prolongaba el efecto de sus últimas palabras, sabía que su interlocutor esperaba una suavización de las mismas.

—¿Tú crees que nunca conozca la gloria?

—¿Te importa mucho, Joseph?

—¿Me la puedes dar?

Mario calló otra vez. Después de una larga pausa rompió el silencio.

—Me voy, Joseph.

Y empezó a descender a tientas el montículo de escombros. Joseph escuchó el coche del reportero alejarse. Él se quedó quieto, junto a la presencia invisible de las inmundicias que colgaban de la pared. Con la angustia de la incertidumbre a flor de piel.

“Volver a empezar. Volver a nacer. Superación personal para señoras”, decía aquel libro que Isabel sostenía entre sus manos. “Cuando el águila llega a la mitad de su vida se va a la cúspide de alguna montaña ignota. Allí, en soledad, se arranca sus plumas, rompe sus garras y su pico contra las rocas...” Isabel descansó el libro sobre su vientre moreno y pensó con horror en el pico sangrante. Sólo conocía de cerca el de las gallinas, pero recordaba que la unión con la carne de la cabeza era delicada, rodeada de venitas, por lo que un pico arrancado produciría, sin duda alguna, una dolorosa hemorragia. Imaginó la carne mutilada del águila y volvió a la lectura.

“Entonces al águila le sale un pico nuevo, nuevas garras, nuevas plumas y surca los cielos otra vez con la potencia de su juventud olvidada”. Quiso poner su mente en el proceso, imaginó otra vez la ruptura del pico. ¿Ella había hecho lo mismo? ¿Abandonar a Manuel, los gritos y maltratos cotidianos, era semejante a la decisión del águila? No lo sabía. La separación le había producido una alegría inexplicable. Ahora pisaba las cosas —el metro, los microbuses, las calles— con una potencia nueva. Estaba sola, como el águila del libro, pero no sentía

ningún dolor. ¿Y por qué quería ser semejante al animal? Tal vez porque el libro aseguraba que después del dolor vendría la dicha y el triunfo.

Sentir dolor, sentir que se sacrificaba, le hubiera dado seguridad a Isabel. Vivía, como la mayoría de la gente, pensando, o más bien sintiendo de una manera vaga y oscura, que el sufrimiento era un boleto a una etapa superior de la vida. Se trascendía a través de la autoflagelación. Después de decenas de generaciones que veían en el dolor y el sacrificio la única forma digna de vivir, a ella le daba miedo su euforia, su alegría sin límites.

Dejó el libro sobre la cama y miró su cuerpo desnudo, sinuoso, de mulata veracruzana; su carne de treintaiocho años, con la flexibilidad de una serpiente tersa y resbaladiza; con caderas llenas, suaves; la carne palpitante que se negaba a sentir sufrimiento, la carne viva, eufórica. Se levantó de la cama y desnuda miró a la calle. Una vía que apenas habitaba desde hacía tres días, cuando rentó aquel mísero departamento. En el trajín de la mudanza apenas había tenido tiempo de advertir sus alrededores. Atardecía, pero en lugar de proyectarse la belleza de una puesta de sol, los rayos débiles le daban un aspecto moribundo a las cosas.

Cinco perros sarnosos y con úlceras se disputaban una bolsa de basura. Ella pensó en una noticia que había leído con especial repugnancia: en Tijuana, en un campamento de indigentes, mataban a los perros callejeros que entraban y luego los asaban a las brasas. No era algo nuevo, de hecho lo practicaban todos los mendigos, pero la foto era repugnante. Un perro cocinado colgaba de la rama de un árbol. Estaba hinchado y la piel de su panza era de un rosáceo nauseabundo. Lo habían asado sin destazar, adentro conservaba toda la mierda, las lombrices, los parásitos. Los indigentes así lo consumían.

Aunque eran hombres, habían caído al grado de animales. Se limitaban a dormir y a ver qué comían, lo mismo fuesen ratas que perros.

A Isabel le dio miedo terminar así; ahora no tenía la protección de Manuel, su ex marido. Le llegó una inmensa soledad. Vencer a los perros vagabundos, a los mendigos, a los jefes y patronos, a la ciudad entera, a la ciudad de millones de habitantes; vencer a los enormes edificios, al hormigón caliente, a aquel ruido infernal. Vencer era cosa de ella sola y tuvo mucho miedo.

Los perros aullaban, habían rasgado la bolsa y huían con los despojos hacia las inmensas ruinas que estaban frente al departamento de Isabel. La parte frontal estaba derrumbada por completo, pero como diez metros hacia atrás, a la izquierda, sobre una montaña de cascajo, continuaba en pie una parte de la antigua casona. Las paredes, carcomidas e irregulares, terminaban en un torreón donde se posaban palomas y unos extraños pájaros negros. ¿Serían cuervos? —se preguntó—, pues no sabía nada de fauna.

Sus ojos no encontraron la respuesta, pero sí un gran orificio ovalado que parecía ser una puerta de distinta arquitectura. El sol de la tarde no alcanzaba a iluminar la profundidad de aquel hueco, pero a Isabel le pareció que allí adentro una forma se movía. Pensó que era otro perro, pero pronto intuyó que el bulto tenía conciencia propia. Surgió en ella el miedo a lo desconocido, sin embargo, una rara atracción la obligó a abrir más las cortinas de las ventanas.

Quien estuviera del otro lado, en las ruinas, podría ver sus senos hermosos, parados, turgentes, de pezones oscuros. Imaginó que la sombra oscura saltaba sobre ellos y los desgarraba. El pensamiento hizo que se humedeciera su vulva. Hacía meses que nadie la tocaba. Empezó a acariciarse, pensando que penetraba en aquella oscuridad y algo, un bulto indefinido, la

atacaba y le subía la falda para morderle los muslos con saña. Tuvo un orgasmo lento y cadencioso. Su cuerpo se agitó como si agonizara. Necesitaba un hombre, pero no volvería con Manuel. Eso la devolvió a la idea de que estaba sola.

Había conseguido un trabajo en AFORE Garantía, debía hablar con la gente, venderles los servicios de la compañía, hacer que entregaran sus cuentas de jubilación para que la empresa las administrara. Recibió un curso en el cual, en una pantalla, le presentaban vendedores y vendedoras relucientes, triunfantes, que ganaban cincuenta o sesenta mil pesos al mes. Tenían carros del año, eran bellos y vestían muy bien. A Isabel y a los demás les dijeron que si se convertían en personas de excelencia podrían lograr esa meta.

Como la mayoría era gente de cuarenta, cuarentaicinco o más años, que se habían quedado sin trabajo, les pasaron el video del águila que se renueva y les dieron a leer el libro *El Águila. Volver a empezar*, de un gringo, Kirk Miller, quien aseguraba haberse vuelto rico aplicando los principios del águila.

Isabel, desde el primer día, intentó poner en práctica una de sus máximas: “conoce las necesidades de tu cliente y hazle la mejor oferta”. Sin embargo, a todos los que les habló por teléfono estaban tan ocupados que le colgaron, otros la atendieron treinta segundos para decirle que a ella no le importaban sus necesidades, algunos más pacientes le explicaron que los llamaban de varias empresas al día para ofrecerles servicios parecidos y que estaban hartos. Al final colgaban irremediablemente. Isabel se desesperaba, no había hecho ni una sola venta.

La vida en libertad, que primero se le había antojado como un paraíso en el que nadaría de éxito en éxito, ahora empezaba a cobrar matices oscuros. Sin marido podía recorrer los cafés a la hora que quisiera, visitar los bares, dejar que la madrugada la sorprendiera en una fiesta, pero para todo aquello se necesitaba

dinero. Ahora la realidad la asustaba, podría terminar como los perros de la calle: abriendo bolsas de basura para comer. Perdería su dimensión humana, que para ella iba más allá de comer, dormir y tener sexo. Era lo que se tejía en el café, en la charla con los amigos, en las ilusiones.

La decisión de ser libre era lo más humano. Necesitaba dinero para hacerla posible. Era como roer un hueso muy duro, correr una carrera en la que le faltaba la respiración y parecía que el corazón se pararía, una carrera con dolor en las venas, y aún así, seguir corriendo. Se sentía agotada. Tendría que recurrir a sus amigos para vender algo. Le daba vergüenza. Antes los había recibido en su casa brindándoles todas las atenciones posibles, no le faltaba nada; ahora tendría que apelar a su misericordia, pedirles que traspasaran sus cuentas de jubilación a AFORE Garantía, y eso era como admitir su fracaso en la vida. Entonces, se dijo que ese dolor era precisamente la transformación del águila. Quiso consolarse con la idea pero no lo logró. A ella no le interesaban las águilas ni ningún tipo de mística.

Había anochecido y en las ruinas que tenía enfrente se encendieron unas lucecillas, como de velas. Quiso desprenderse de la ventana, irse a su cama, no tener que saber nada de aquella casa derruida, sin embargo, no lo hizo. Se sentía molesta, enojada, pensó que mirar las luces era algo así como establecer una conexión con el ser que las manipulaba. Ser que estaba quieto. No podía ver sus ojos, pero se sentía observada. Intuyó una silueta delgada, esquelética, de tendones flacos, vestida de negro de pies a cabeza. Imaginó que tenía los brazos pegados al cuerpo y que sus dedos largos y rugosos terminaban en unas uñas largas, como garras de lechuza o de murciélago. De pronto le vino a la mente que había abandonado su casa para encontrarse con aquella forma, que ese era su destino y no tendría escapatoria.

Quiso borrar la idea, restarle solidez, pensar que era una ocurrencia provocada por su soledad; pero continuaba ahí, como una oscura certidumbre. Le dio la espalda a la ventana y caminó hacia la cama, dispuesta a dormir. No había andado todavía tres pasos cuando regresó. Se dijo que quería averiguar qué había allí, oculto en aquellas ruinas. Sentía una atracción poderosa. Aquella sensación de que algo con garras se lanzaba sobre sus senos la subyugaba con delirio, la mantenía prisionera.

Así estuvo en la ventana. Se masturbó otra vez. Tenía orgasmo tras orgasmo, con los ojos clavados en las luces que ardían en las ruinas de enfrente y que delineaban una vaga silueta oscura. Sudaba en medio de la noche cálida. Dejó de masturbarse, estaba agotada, con la sensación de que aquella forma le había robado la energía.

El cuerpo de Isabel era algo extraño, una especie de masa con conciencia propia, que buscaba el rumbo de las ruinas. Su cerebro se diluía, parecía dejar de existir y tener voluntad. Enfrente, como monstruos que cierran los párpados, las luces se fueron apagando, y la silueta inmóvil perdió fuerza hasta fundirse en las tinieblas. Isabel resbaló hasta el suelo. Había logrado atenuar los pensamientos obsesivos. Ahora tenía una sensación de cansancio, de haber hecho una larga carrera. Con trabajo, con resoplidos, se acomodó sobre el piso frío y sintió cómo perdía conexión con la realidad; soñaba con los vastos salones de un castillo abandonado.